

Un padre de la patria,

obra literaria para estudiar un aspecto de la guerra en Colombia

Nicolás Naranjo Boza

(Colombia, 1972-v.)

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana y Magíster en Estudios Hispánicos del Boston College-Massachusetts, Estados Unidos. Profesor de la Universidad de Antioquia. Traductor de textos literarios y filosóficos, investigador, realizador radial y de televisión. Acreedor a varios premios y reconocimientos entre los que se destaca la distinción Juan del Corral, grado plata, de la Gobernación de Antioquia. Autor y coautor de varios libros, capítulos y artículos.



Resumen

Hay relatos antioqueños sobre la guerra que van más allá de describir batallas, y analizan, por ejemplo, el fenómeno de la guerra en relación con las pasiones humanas. La narración de la cual nos ocupamos, *Un padre de la patria*, de Efe Gómez, permite conocer el pensamiento de combatientes acerca de lo que hacen, cómo priman los intereses privados por encima de los públicos y cómo traen consecuencias nefastas. El relato plantea la forma en la cual se atrapa a un soldado noble, Lezama —quien lucha por ideales superiores como defender la patria de la anarquía—, en un tejido creado por políticos y militares desmedidos en su ambición. Con el choque de las pasiones tratado mediante el arte, como en un encuentro de fuerzas a la manera de los planteamientos de la física, se construye una obra literario-sociológica. Y así, esta recreación artística de hechos reales suple aspectos que la especialidad histórica no puede proporcionar.

Palabras clave

Engaño, Guerra de los Mil Días, literatura, política, Rafael Uribe Uribe, sociología

Efe Gómez y la guerra en sus creaciones

Desde que Efe Gómez, ingeniero químico y de minas de la Escuela Nacional de Minas y cuentista-filósofo sobresaliente en Antioquia, era joven, escribe sobre la guerra —véase *Cuaderno de materia prima (1890)*—,¹ porque sufrió el despojo y la injusticia. En 1879, su padre, Juan Bautista Gómez Correa, fue perseguido por razones políticas,² y en la guerra civil de 1885 el escritor mismo ayudó a hacer una amputación a un soldado (Naranjo, 2011, p. 157).³ Le tocó la Guerra de los Mil Días (1899-1902),⁴ sobre la cual escribió la mayoría de los relatos acerca de la guerra en la nación. Lo conveniente de que un escritor se ocupe de los problemas de su patria (y nuestra nación ha estado signada por la guerra siempre) lo expone Efe Gómez en la “Carta a Abel Farina”, de 1901, de la siguiente manera:

Si la literatura de un país es la expresión de su cultura ¿qué debería ser la nuestra, si hubiera de reflejar el estado social? Lo natural es que en ella se cruzasen miradas coléricas bajo frentes nubladas, manos que empuñan espadas prontas a saltar de sus vainas como en las primeras escenas de *Romeo y Julieta*, todo lo que fermenta y estalla en una raza ardiente que mira delante de sí todos los caminos de la ambición abiertos, todas las tentaciones posibles en un Estado móvil en que tan fácil es pasar “del destierro a la Presidencia como de esta a la barra del Senado”. Pero ¿cómo han de sonar en una sociedad así agitada, por tan vibrantes pasiones poseída, los cantos de sus poetas que en vez de reflejar todo eso han copiado y continúan copiando estados de ánimo de razas muy otras, en momentos históricos completamente diversos, sin contar con

¹ Hay poemas de juventud suyos sobre el fenómeno de la guerra, como el que empieza “El huracán soplaba” o el que comienza “Sobre una espumosa fuente” (Gómez, 2006, pp. 20-22 y 64-68).

² Véase “La historia anecdótica” de Julio Vives Guerra en Naranjo (2017, pp. 69-70).

³ La anécdota la contaba su hijo Álvaro Gómez.

⁴ El único indicio, no seguro, de que Efe Gómez participara en la Guerra de los Mil Días está en la revista *El Cocuyo* número 7 de marzo de 1954, p. 15. Esta información parece tomada del texto “General Pedro Nel Ospina” de Lázaro Londoño, en el libro *A la memoria del General Pedro Nel Ospina* (1928, p. 92). Si los redactores de *El Cocuyo* se basaron en el texto de Londoño puede tratarse de una interpretación del artículo “El cocuyo”, porque Londoño solo cita entre los nombres al “Dr. Francisco Gómez”.

lo que en el país pasa, cual si ello fuera nulo como elemento poético? [...]. Los verdaderos poetas del Pueblo que lee entre nosotros, los que han logrado herir hondo, interpretar las pasiones de la multitud, vibrar en las bocas de las juventudes entusiastas, ser, en fin, fuerzas vivas, han sido los escritores políticos de nervio: Arboleda, Camilo Antonio Echeverri, el General Posada Gutiérrez, Juancho Uribe, etc. (Gómez, 1901, p. 33).⁵

Recuento de los componentes centrales del relato

Para ver cómo este gran cuentista e ingeniero notable lo hace artísticamente, nos concentraremos en uno de sus cuentos “Un padre de la patria”, firmado en 1904 y publicado en 1907, con dedicatoria a Rafael Uribe Uribe. En la publicación original, en la revista *Alpha* (Gómez, 1907), está dividido en cuadros temáticos, y estos últimos, a su vez, en secciones, de la siguiente manera:

Primer cuadro:

- Primera sección: en un paraje de Santander, el soldado antioqueño Lezama, como parte del Ejército del gobierno del país, cae herido en la guerra porque su coronel le ha dado la orden de detener el ataque de una guerrilla con veinte hombres cuando los enemigos cuentan con cuatrocientos.
- Segunda sección: se describe su delirio en la inconsciencia producida por la herida.
- Tercera sección: despierta moribundo en el campo de batalla y, a duras penas, logra espantar un ave carroñera, llamada “gualé”, que se ha posado sobre él para empezar a comerlo.
- Cuarta sección: es recogido del campo de batalla y llevado a la casa de don Manuel, un hacendado del lugar, para ser curado. Se dan los primeros indicios del amor que se despierta entre Lezama y la hija de don Manuel, Leticia.

⁵ Aparece reproducida también en Naranjo (1996, pp. 180-181).

Segundo cuadro:

- Primera sección: Lezama definitivamente se enamora de Leticia.
- Segunda sección: Leticia le corresponde en sus sentimientos. Se da un encuentro de la pareja en un claro del bosque, donde se despliega el amor entre ellos.
- Tercera sección: conversación entre Lezama y Leticia en la cual se declaran sus sentimientos. A don Manuel se le solicita que ocupe el cargo de Jefatura Civil y Militar del Departamento para hacer frente a la contienda. Don Manuel acepta el encargo, dejando claro que “no es hombre de ambiciones”, pero su conciencia le ha dicho que “es preciso el sacrificio de la tranquilidad en holocausto al bien común” (Gómez, 1907, p.761) y aceptará con la condición de que Lezama se ponga al frente de las operaciones militares. Lezama accede a tal condición.

Tercer cuadro:

- Primera sección: encuentro de don Manuel de J. Esparragosa y M., Jefe Civil y Militar del Departamento, y don Remigio (viejo veterano de guerra, antiguo amigo de don Manuel, quien ahora hace parte del ejército comandado por Lezama). Don Manuel ha oído de un enfrentamiento entre Lezama y los viejos veteranos del ejército, y cuando se toca el tema le insinúa a don Remigio que el odio manifiesto por Lezama se debe a que este no ha dejado hacer a don Remigio un negocio ilícito aprovechando la guerra, por lo cual don Remigio está buscando desquitarse de su yerno. Don Remigio finge indignación y logra poner a don Manuel de parte suya en la contienda contra Lezama, mostrándole que ciertas maniobras del joven afectarán personalmente a don Manuel. Este, a consecuencia de que se verán reducidas sus propiedades pasando a manos del enemigo, sugiere a su amigo sacar del ejército a Lezama,

empleando un discurso calculado y velado para indicar la conveniencia de deshacerse de aquello que le impida gobernar bien, aunque en el fondo esté diciendo es que se deshaga de lo que le trae desventaja personal como propietario.

- Segunda sección: don Remigio “calienta los odios” de don Dámaso Penagos (otro veterano de guerra) y lo indispone contra Lezama. Mediante sutiles tácticas, logra despertar en Penagos la creencia de que él debe ocupar el mando del ejército, en ese momento a cargo de Lezama. Penagos, por lo que le ha dicho don Remigio, comienza a desobedecer las órdenes dadas por Lezama y logra que Machado (otro veterano) las desobedezca también.
- Tercera sección: descripción de escenas de la guerra. Lezama ordena que no se mate a los prisioneros, pero Penagos desacata la orden y hace matar oficiales enemigos vencidos. La desobediencia es descubierta por Lezama, quien intenta imponer su mando justo cuando se está realizando el fusilamiento. Penagos trata de matar a su jefe y este último derriba a Penagos antes de que pueda dar la orden de disparar. Lezama siente ira y vergüenza ante la salvajada y la traición de quien debía obedecerle, por sus nefastas consecuencias.
- Cuarta sección: se describen los funestos efectos que la última acción tiene en el ámbito de la guerra, pues el ejército contrario fusila a su vez a los prisioneros como retaliación. El gobierno y la oposición acusan a don Manuel por el acrecentamiento de las muertes (“adivinando” quién es el culpable), y este alega su inocencia con su apariencia de “falto de ambición” y envía telegramas al ministro de guerra demostrando dicha inocencia. Lezama defiende a don Manuel. Se culpa entonces a Lezama. Este no se puede defender y finalmente del Ministerio de Guerra se ordena su destitución y que se le someta a consejo de guerra. Lezama indignado, y buscando justificarse, se dirige a casa de don Manuel, el cual no lo escucha, negándole la entrada.

- Quinta sección: Lezama, cegado por la ira, intenta suicidarse. No lo logra. Fatigado e insensible sobre su montura en medio de los campos, descubre que los soldados a quienes dirigía están combatiendo, y ve como huyen. Entonces se envuelve en la bandera y carga contra el enemigo, animando a sus tropas, que logran penetrar el campamento de los enemigos. Allí muere el héroe cruzado por las balas.⁶

Cuarto cuadro:

- Primera sección: en una reunión de don Manuel y su familia se desentierra la urna donde están los restos de Pascual Lezama, la cual indica sus años de vida: 1870-1902. El año de su muerte es el mismo en el cual terminó la Guerra de los Mil Días. Don Manuel entrega al hermano de Lezama los restos para que sean sepultados en Antioquia.
- Segunda sección: cuando se han ido los familiares de Lezama, don Manuel da un discurso en el que se lamenta y expresa que quería al joven, y, de nuevo, busca hacer patente su falta de ambición; pero por su creencia, que los individuos se deben a la patria, va a ser nombrado ministro de guerra y aceptará ser candidato a la presidencia de la República. Con ello vemos, una vez más, sus verdaderas intenciones: tiene aspiraciones políticas veladas bajo la máscara de la carencia de ellas.
- Tercera sección: se da el cierre del relato donde se resalta la insignificancia de los hombres ante la naturaleza tropical debido a no saber organizarse para crear una civilización que le haga frente al desborde del estado salvaje —como una imagen de lo que sucede cuando se da rienda suelta al deseo privado y no se tiene en cuenta lo que es el cumplimiento del deber por encima de los propios deseos—.

⁶ El fin de Lezama, envuelto en una bandera, retrata algo que se dio en realidad, como narra Maximiliano Grillo sobre la Batalla de la Puerta del Sol, cuando Cándido Amézquita, “envuelto en una bandera roja buscó fin a sus torturas” (Grillo, 1984, p. 112).

Y parecía que la soledad fuera creciendo, agrandándose, invadiéndolo todo, extendiéndose sobre los reducidos cultivos de la Patria, reduciendo al silencio sus ciudades y sus pueblos, sepultando para siempre bajo su manto salvaje a la raza entera que hoy la puebla, a esa raza de hombres, ardorosos, crueles, complicados e indolentes, que habiendo vagado un instante en el seno de esta naturaleza, enervadora y prepotente, desaparecieron sin haber logrado marcar en ella ni aún el más leve rastro de su paso (Gómez, 1907, p. 775).

Efe Gómez y su relación con Rafael Uribe Uribe⁷

En el anterior resumen dejamos de lado detalles que, en un análisis más minucioso, serían adecuados para el tema que nos ocupa. El relato se hizo para apoyar al general Rafael Uribe Uribe en una polémica en la cual este político liberal propone a unos poetas, quienes lo han invitado a colaborar en una revista, que en lugar de “seguir fantaseando carreras de gloria hacia las musas” más bien se dediquen a colaborar en la construcción de la nación o, por lo menos, a trabajos literarios de más largo aliento: la historia, la crítica, la novela o el cuento, como narra el estudioso Jorge Alberto Naranjo Mesa (2015, pp. 38-39).

Efe Gómez admiró a Uribe Uribe y consideró su muerte un suceso crucial para nuestra historia.⁸ Como acostumbraba, don Efe respondía a una situación específica con sus creaciones. Para él, la literatura se escribe para ayudar a mejorar la vida, y hace referencia a la situación social que rodea al literato. El personaje

⁷ A quien dedica la obra para mostrar que el relato hace alusión al momento que vivió el país dos años antes de haber sido escrito y cinco antes de publicado.

⁸ Véase Cano (1915). Otras muestras de su admiración por Uribe Uribe están en su cuento “Honi soit qui mal y pense” [“Maldición para quien piense mal”], en Gómez (1944, pp. 85-89), en el texto corto “A nuestro Valle-Inclán” (Gómez, 1944, p. 160) o en los textos “18 de octubre” y “Peralonso” de Balmore Álvarez García (Gómez, 1943, pp. 85-96), los cuales constituyen el guion escrito por Efe Gómez para la película muda *Rafael Uribe Uribe o el fin de las guerras civiles en Colombia* (1928), dirigida por Pedro Vásquez. Sobre la película véase Isaza (1951, p. 14) o consultar el capítulo “Rafael Uribe Uribe o el fin de las guerras civiles en Colombia” en Duque (1992, pp. 221-242). O véase “Don Efe, el primer guionista paisa” en el capítulo “El cine” en Melo (1991, pp. 456-457).

del cuento “Domingo p. m.”, de 1897, cita la frase de Julián Campuzano: “Aquí todos quieren ser artistas; ya no hay quien cargue la herramienta” (Gómez, 1896, p. 83). Don Efe compartía las propuestas del general de construir nación, como buen ingeniero que era.

Una cita extensa del relato comentada⁹

Por “guerra”, don Efe no entiende solo el conflicto armado en los campos de batalla, sino los móviles torcidos de las almas, los juegos escondidos, los intereses velados con nombres de grandes ideales y, por ende, creadores de situaciones violentas. Hay muchas conversaciones de conspiraciones en el cuento y situaciones donde se estudia el fenómeno de la guerra. Por el espacio del que disponemos escogemos ese diálogo clave de don Manuel con don Remigio como elocuente para ilustrar ese aspecto de la guerra relacionado con las manipulaciones, con la utilización de toda suerte de estratagemas, de mañas, para lograr lo que conviene personalmente, aun a pesar de poner en peligro a otros y a la misma causa defendida por el gobierno del que hacen parte quienes conversan:

Don Manuel de J. Esparragosa y M., Jefe Civil y Militar del departamento, fatigado de las faenas del día, hallábase tendido esa noche en una silla y fumaba un veguero, retirado en su aposento. Tocaron a la puerta misma de este.

—¡Adelante! —exclamó malhumorado.

Abriose la puerta y apareció don Remigio.

—¿Tú aquí? —dijo, levantándose alarmado. Porque se temía a cada instante un choque sangriento entre Lezama y la oficialidad antigua del ejército, compuesta de viejos veteranos. Y solo algo muy grave a ese respecto (pensó don Manuel), ha podido obligar a este a dejar, siquiera sea por momentos, el teatro de las operaciones de la guerra, en donde hace su agosto.

—¿Vienes del campamento?

—Del campamento.

—¿Qué pasa?

⁹ Para hacer evidente el tratamiento pormenorizado que el escritor le da a la preponderancia de los intereses privados por encima de los deberes, como origen del conflicto que termina en la muerte de inocentes.

—Pues...

—¿Qué hay de Lezama? —y arriesgándose a sondearlo con audacia— ¿Sigue siendo siempre el mismo; el militar endiablado; de valor a toda prueba; de actividad mareante; de golpe de vista de todos los demonios; de...?

—¡Hum!

—¿Cómo! ¿Le niegas tú acaso...?

—Ello... Será todo lo que tú quieras. Pero lo que se llama un hombre de guerra... no, y no... ¡y no!

—¡Pero, Remigio! Ni Penagos, su émulo y odiador cordial, ni Machado, ni nadie hanse atrevido todavía a decir eso que tú dices. Acúsalo de otras cosas: de retraído, de arrogante, de llevado de su parecer... Pero negar que es nuestra primer espada...

—Pues, lo dicho: hombre de guerra no es ese cachaquito. Y nosotros lo que necesitamos son hombres de guerra.

—Y hombres de inteligencia y de patriotismo.

—¡Patriotismo! ¿Crees, acaso, que un Penagos, que un Machado, que un Alzate, que alguno de esos que son la guerra misma, están en los campamentos por patriotismo? ¡Ay, Señor! Ellos están bajo los toldos porque son gentes templadas a toda agua, y necesitan de esa vida individual, sin ley, de salvaje independencia; como vosotros, como tú, como Lezama, gentes de índole dulce y apocada, necesitáis del orden, del arrimo de las leyes, de las dulzuras de la familia... Y es por eso por lo que digo, y sostendré siempre, que tu generalito no es un guerrero, el hombre que el ejército necesita... Un caballero como él, lleno de escrúpulos y de remilgos, codeándose con monstruos como Penagos, que no aspira sino a abrevarse en sangre humana; con machos como Alzate, hidrópico de hembras, de alcohol y francachelas, y que, sin embargo, son las gentes que la guerra requiere... Un Lezama, obligado a insinuarse y a imponerse; a hacerse temer y a hacerse amar; a guiar y a reprimir a esa ventrada de tahúres, de violadores y de cacos... Eso te explicará el odio inmenso que todos ellos le profesan; eso...

—¿Y tú por qué le odias? —preguntó don Manuel, mirando a don Remigio fijamente, en tanto que sonreía con malicia.

—¡¿Que yo por qué le odio?!...

—Lo decía, porque todo ese fuego que pones en el asunto no parece...

—¿Y por qué habría yo de odiarlo?

—No; por nada. Pensaba que tal vez... como se dice por ahí que la partida de mulas que iba en dirección a Antioquia, provista de salvoconductos, que resultaron ser falsos y que Lezama interceptó e hizo repartir entre sus oficiales, era tuya...

—Y tú, mi amigo de la infancia, mi compañero de toda una vida, tú que me conoces ¿estás creyendo en esa calumnia, fraguada por mis envidiosos para...? ¡Adiós! (dijo levantándose). Nada tengo que hacer aquí, desde que mi honradez se pone en duda, desde que se me cree capaz de bajos odios, de venganzas viles. Pensé que mi amor a la causa era garantía suficiente para que se me creyera; creí que podría hacer un bien al ejército y a la patria dando mi opinión franca en la pugna entre los veteranos llenos de cicatrices y de méritos y tu generalito de cartón. Creí que yo, envejecido en los campamentos, podría dar opinión sobre los puntos que como guerrero calza este y el otro y el de más allá. Porque, dime una cosa, tú que también lo entiendes: ¿te parece una operación militar muy brillante la que tu Lezama se dispone a ejecutar?

—No sé de qué operación hablas.

—De la que esta misma tarde ha sido convenida, o mejor, impuesta por tu Bonaparte. Escucha portentoso: esperaremos al enemigo que, como tú sabes, viene en nuestra busca; fingiremos luego que cedemos a su empuje, y nos iremos retirando, retirando; e iremos dejando sucesivamente en su poder a Sirpias, al Pital, a Providencia...

—¡Cómo! —clamó don Manuel levantándose a su vez—. ¿Y caerán en poder del enemigo, en poder de Aristizábal, mis dehesas, mis estancias... las propiedades todas de los buenos servidores de la causa?...

—Así lo ha dispuesto en sus altos designios tu grande hombre. Y así tenía que ser, porque ¿qué han de importarles a él, a un forastero, nuestras vidas, nuestras familias, nuestras propiedades? Convéncete, mi querido amigo: solo un hombre de la tierra, uno a quien le arda, un Penagos, un Machado, pueden hacer la guerra aquí como se debe: defender el suelo palmo a palmo, exterminando, matando, incendiando, si es preciso... Al que le duele, le duele.

Siguióse un silencio largo. Don Remigio, mirando al techo, era quien ahora sonreía, sonreía de modo

imperceptible, atusándose el bigote. Don Manuel, haciéndose el indescifrable, miraba la punta de su cigarro. Luego un suspiro hondo seguido de otro silencio.

—¡Remigio!

—¡Manuel!

—¡Qué cosa tan difícil es gobernar, amigo mío; qué cosa tan difícil!...

Como un enorme signo interrogativo, atento y escuchante, don Remigio íbase a un mismo tiempo irguiéndose y encorvándose sobre el atribulado don Manuel, que con voz queda, opaca, continuaba así diciendo:

—¿Crees tu acaso, amigo caro, que en la historia se leerían las grandes cosas que allí vemos, si gobernar fuese... cómo te lo dijera yo... si gobernar fuese dar órdenes escritas? Gobernar, óyelo bien, gobernar consiste en rodearse el que gobierna de in-di-viduos de tal manera compenetrados con su pensamiento, de tal manera unificados con el fin que se persigue, que, a-di-vi-nan-do en cada situación difícil que debe hacerse, obren con rapidez, ahorrando así al gobernante tener que atropellar las leyes o que cruzarse de brazos, y sacrificarse y sacrificar los intereses de su partido, en aras de un deber estúpido; y consiste, además, en es-co-ger los hombres de quienes tales cosas espera de tal modo unidos a él, de tal manera caros a su corazón, que los tales tengan la se-gu-ri-dad de que jamás una des-le-al-tad será el pago de sacrificios o de... en fin, en fin, hechos en común por una idea. Ahora bien, siendo esto así y siendo tú, mi amigo de la infancia, el escogido para el puesto en que te puse...

—Eso sí es hablar —clamó don Remigio irguiéndose gozoso—. No te quito más tiempo. Hasta la vista, querido, hasta la vista.

—¡Adiós! —dijo don Manuel conduciendo a su amigo hasta la puerta.

Cerrola tras él, dio meditabundo, dos o tres paseos por la estancia, dejose caer en el asiento, chupó el cigarro, y alzando los hombros hizo un gesto de indiferencia con los labios (Gómez, 1907, pp. 762-765).

Don Manuel, quien disimula su ambición bajo la apariencia de “no tenerla” para no quedar comprometido,

quiere conservar su poder y sus pertenencias a como dé lugar. Por eso el giro que da en la conversación al pasar de estar de parte de Lezama inicialmente a ordenar a Remigio que se deshaga de él en el ejército. Y para defender sus intereses, otorga poder a Remigio para hacer lo que este quiere, independientemente del bien que Lezama traiga a la defensa de la patria. Remigio, quien negociaba con los salvoconductos falsos interceptados por Lezama, quiere desquitarse por no haber logrado sus intenciones de lucro personal. Es otro manipulador que finge indisponerse con su amigo Manuel cuando su “honradez se pone en duda”, y simula indignarse cuando se lo cree “capaz de bajos odios, de venganzas viles”. Sabe esconder su móvil de fondo: la venganza. Y consigue hacer daño a quien, legítimamente, había sido escogido para dirigir el ejército.

En la Guerra de los Mil Días, el general Pedro Nel Ospina aprovecha su destitución como ministro de Guerra para “denunciar que al calor de la guerra se había formado un grupo de caballeros de empresa que negociaban con las provisiones y abastecimientos militares y aprovechaban el desorden para hacer rápidas fortunas, con el apoyo del presidente y sus familiares” (Ortiz, 1991, p. 141). O sea que no está alejado de los sucesos lo que se narra de don Manuel o Remigio en el relato.

El cuento muestra cómo no son de fiar quienes rodean a Lezama entre los altos mandos de su propio ejército. Remigio ha descrito con claridad el tipo de personas que son esos veteranos de los campamentos: “gentes templadas a toda agua”, quienes “necesitan de esa vida individual, sin ley, de salvaje independencia”. “Monstruos como Penagos, que no aspira sino a abrevarse en sangre humana”, o “machos como Alzate, hidrónico de hembras, de alcohol y francachelas, y que, sin embargo, son las gentes que la guerra requiere”. Dice concluyente que esa gente es una “ventrada de tahúres, de violadores y de cacos”. Y Lezama se ve obligado “a insinuarse y a imponerse; a hacerse temer y a hacerse amar” de semejante grupo de personas. Es

a ellos a quienes debe “guiar y reprimir”, cuando es como lo describe Remigio “de índole dulce y apocada”, alguien que “necesita del orden, del arrimo de las leyes, de las dulzuras de la familia”.

La creación literaria muestra, de manera pormenorizada, que don Remigio, a partir de las palabras con las cuales don Manuel le pide mostrarse adepto incondicional a lo que conviene al gobernante, aprovecha para llevar a cabo su interés personal, encubriéndolo tras la lealtad a la causa. Se encarga de poner a Penagos en contra de Lezama mediante otras estrategias, y usando el alcohol de manera calculada para doblegarle la voluntad: con una risita fingida va creando en Penagos un estado de ánimo propicio a sus intereses. Fabrica mentiras comprometedoras acerca de Lezama, como decir que en secreto canjea prisioneros para beneficiarse, y utiliza el sentido de “pertenencia al lugar de origen” para encender los ánimos de Penagos contra el legítimo director del ejército (quien no es de Santander, sino de Antioquia), sostiene que Penagos debería ser el comandante y no dejarse guiar por un “cachaquito” forastero sin interés en defender la tierra de la que son Remigio y Penagos. Más adelante, afirma que se sospecha que a Penagos lo han comprado y por eso no se subleva contra el mando de Lezama, acicateando así a quien manipula. Y, para finalizar, cuando llegan los setenta y cinco prisioneros, Remigio enciende los ánimos de matar de Penagos al decirle que entre los capturados se encuentran los que asesinaron a su hermano, planteando, sin decirlo abiertamente, la posibilidad de venganza. Es otro juego de manipulación verdaderamente calculado y artero. Y Penagos decide contravenir la orden de Lezama de continuar hasta la Cuchilla del Salado y hace acampar al ejército donde no debería. Penagos, a su vez, reta a Machado a desacatar la orden de Lezama, y lo logra (Gómez, 1907).

El uso y abuso del alcohol en la guerra, con consecuencias desastrosas, puede verse en el relato cuando Remigio proporciona licor, calculadamente, a Penagos para disponerlo a sus propios fines. Se encuentra plasmado por Max Grillo como historiador en ese

gran recuento de la Guerra de los Mil Días titulado *Emociones de la guerra* (1984) [en este caso Grillo cita un diario de la guerra y habla sobre Terán]:

Pedí la venia al General Vargas Santos para seguir a Gramalote con el batallón Casanare. A las siete de la noche llegamos al pueblo. Una que otra bala rebotaba en las piedras de las calles. Soldados ebrios circulan por ellas, y se ven puertas rotas y tiendas saqueadas. Los jefes no pudieron evitar que al verse libres sus tropas, después de un violento empuje de bravura, bebieran aguardiente en inmensas cubas colocadas en el Estanco. La pugna contra Gramalote, las pasiones enardecidas con el triunfo y el fuego comunicado a las entrañas por el licor alcohólico, los deseos de venganza en quienes sufrieron el saqueo de los gramalotes en otras guerras, excitan a los soldados al despojo bárbaro de las casas de los vecinos. Por suerte no han cometido violencia contra las personas. Los jefes no saben qué medida tomar para contener el desorden. Echan maldiciones sobre los defensores de la población por haber dejado esas grandes pipas de aguardiente:

—Ellos estaban borrachos también y se mataron unos a otros por rencillas caseras, observa un extranjero. El Coronel Manuel José Nieto y yo hacemos salir del Estanco, auxiliados por el Casanare, a los ebrios. Vertemos por coyabradas el maldito aguardiente, y conducimos a sus cuarteles a los dispersos. Distribuimos el Casanare en patrullas. ¡Qué noche! ¡Dios mío! Me planto contra una ventana a mirar el horizonte de los cerros donde palpita el misterio; luces como cocuyos atraviesan los matorrales. Un tiro suena. El corneta del Casanare, borracho también, es herido; acudimos a recogerlo; la bala le rompió la corneta; el disparo salió del fusil de otro ebrio (pp. 240-242).

En el siguiente fragmento, Penagos busca hacer que Machado desobedezca a Lezama, proponiéndole que se vayan con los quinientos hombres que dirigen a su tierra, a hacer la vida que desean sin someterse al ejército. Esto no estaba ajeno a lo que sucedía en la guerra como hecho histórico, como lo vemos en el recuento de Max Grillo (1984):

Los expertos militares contemplaban de lejos la lucha, e ignoraban que el General Vargas Santos tuvo siempre por objetivo conservarse a la defensiva. [Su empeño en ocupar Ríonegro] se nutría con la esperanza de hallar ricas haciendas con suficientes víveres para dos o tres meses de permanencia en la comarca. Con razón decía uno de sus subalternos: “Como se nos acabó el plátano en Cúcuta, vamos a la conquista de la yuca”. En realidad, íbamos a la conquista de la yuca y no de la victoria (p. 275).

En medio de la conversación entre los dos personajes literarios, y de la ebriedad, se ve el odio que se profesan, reprochándose el uno al otro momentos de debilidad en la guerra, como dejarse “dar plan hasta el cogote”, esconderse debajo de una cama en un ataque o dejarse vencer en un enfrentamiento por cuatro hombres. Hasta se miran con deseo de agredirse, pero antes de llegar a la violencia aparece una comitiva que pide los prisioneros. Penagos, ebrio y guiado por su deseo de no hacerle caso a su jefe, en lugar de entregar a los capturados como se le pide ordena fusilarlos. Cuando se está llevando a cabo la injusta matanza llega Lezama al campamento y, por indicación de los prisioneros, se percató de lo que sucede. Entonces el capitán pregunta quién se atreve a mandar cuando él está presente, y Penagos alista a su escolta para disparar contra Lezama. Este actúa rápido y detiene a Penagos de un cintarazo antes de que pueda dar la orden. En la calma que sigue, Lezama llora de ira y vergüenza ante el envilecimiento de todos y cómo prima el salvajismo donde los asuntos deberían llevarse con mejor tino.

A poco, el campamento tornaba a entrar en calma, y Lezama, contemplando esa escena de matanza, lloraba de ira y de vergüenza. La vergüenza que una raza noble y grande experimenta a veces en un individuo que sintetiza sus caracteres más viriles, al sentirse envilecida, precipitada en bloque al salvajismo (Gómez, 1907, pp. 769-770).

A continuación, el relato muestra las terribles consecuencias de esta cadena de abusos de mando en diversas instancias: “La guerra tomó caracteres espantables. En

los campamentos enemigos lleváronse a cabo terribles represalias. ¡Los prisioneros atrás! Era orden que se daba diariamente. Tras los ejércitos, en pavorosa retaguardia, cerníanse perennemente bandadas de negras gallinazas”.

La conexión del relato con los hechos históricos es notable y vemos qué tan valioso resulta para complementar y comprender lo que los historiadores han podido reconstruir de dicha guerra civil. En sus *Memorias de la Guerra de los Mil Días*, Lucas Caballero cita al general Benjamín Herrera, el cual protesta contra una de las matanzas de prisioneros que hacía el bando conservador:

La conciencia humana se rebela contra las iniquidades que [...] se cometieron con los prisioneros de guerra. El prisionero es inviolable, dicen las instrucciones americanas; matarlo es una crueldad; herirlo, una cobardía. Mutilarlo, agregamos nosotros, y exhibir el cadáver en estas condiciones, es espectáculo propio de caníbales. Si nuestros adversarios barbarizan la guerra, los liberales no debemos seguirlos en ese camino. El talión, las represalias para esos atentados de lesa humanidad, no puede ser para nosotros línea de conducta en la guerra. Nuestros sables nunca se teñirán en sangre de gente indefensa (Caballero, 1980, p. 75).

Y, aunque el deseo de Benjamín Herrera era muy noble y caballeroso, Jesús Cock cuenta que Uribe Uribe le decía al general Rafael Leal que uno de los cargos que la historia le daría sería el de “haber traído prisioneros godos a servirle de trincheras” (Cock, 1946, p. 94). Acciones como las de don Manuel, Remigio, Penagos y Machado en el relato tienen las nefastas consecuencias de hacer matar personas que no merecen la muerte, aun tratándose de una guerra. El historiador Marco Palacios (1995) indica que en la Guerra de los Mil Días “la aplicación de venganzas personales y ajustes de cuentas privadas debieron causar más víctimas que las bajas registradas en los partes de batalla” (p. 66). Es precisamente lo que muestra Efe Gómez en esta obra literaria que nos ocupa.

El relato continúa narrando que, a pesar de que un grupo de oposición clama por la destitución de don Manuel, “a quien se acusaba de todo con adivinación inexplicable”, este se defendió “protestando siempre su falta de ambición”. Lezama le defendía. Y “la opinión se orientó en otro sentido y acusó a Lezama” (Gómez, 1907, pp. 770-771). En el resumen se incluyó que Lezama es destituido y muere. En su discurso tras la entrega de la urna con los restos de su yerno, don Manuel deja claro que será ministro y está aspirando a la presidencia. El resultado final es que el suegro de Lezama queda libre de culpabilidad por lo acaecido y puede buscar ser el encargado de dirigir la nación. Él, causante inicial de los desmanes de los otros veteranos de su bando, los cuales terminaron con el fusilamiento extrajudicial de oficiales prisioneros y, finalmente, con la muerte de Lezama, puede aún aspirar a llevar a cabo lo que ambiciona. Don Manuel da pie a que Remigio haga de las suyas. Este último manipula a Penagos en una cadena de simulación y utilización macabra. Y Penagos, a su vez, reta a Machado para desobedecer las órdenes de Lezama... La narración permite ver entre líneas que quienes no debían morir resultan siendo carne de cañón y quien realmente velaba por hacer las cosas bien, siguiendo las reglas, sale culpado de los abusos cometidos por otros.

Efe Gómez (1990), en un texto donde expone claramente su visión del país en 1901, dice acerca de los politiqueros: “la casta de los politiqueros, la más insoportable de las castas que han oprimido a la Humanidad en tiempo alguno” (p. 29); otra descripción es la siguiente:

Y en tanto que el país entero, torcidos sus más nobles apetitos, se despedaza, se corrompe, se arruina y se degrada, los politiqueros de alto vuelo, los dueños de la explotación, generalmente cínicos envejecidos que han logrado conservarse a fuerza de higiene, criminales que han transitado felizmente los atajos y veredas del Código Penal, caballeros cuyo solo mérito consiste en manejar la dignidad personal como el gato las uñas, escondiéndolas y sacándolas a voluntad, ríen de todo eso y acaban por convencerse de que quizás sí

sean los grandes hombres que dicen, pues que siquiera son racionales y comprenden su provecho. Y mientras tanto, las gentes honradas, los que trabajan, los que aman, los que sufren, los que viven en silencio, los que edifican a fuerza de abnegación y de virtudes silenciosas los tejidos vivos y sanos del organismo de la Patria, no acaban de convencerse de que su labor es la sola útil, de que la Nación recibe de ellos todos los impulsos, pues recibe vida, y que de esa vida que ellos le dan, y solo de ella, han de nacer, como del vegetar callado del árbol nacen frutos, la Libertad, la Paz, la Seguridad y la Justicia (Gómez, 1900, pp. 31-32).

Don Manuel sería entonces un “politiquero de alto vuelo”, quien manipula y saca provecho de seres como Lezama, un ser honrado, trabajador, quien sufre y edifica, a fuerza de virtudes y abnegación, la patria.

No podemos extendernos más sobre este gran relato escrito por un gran pensador de la historia del departamento, pero anotamos unos cuantos detalles relevantes: el delirio de Lezama, descrito por don Efe al comienzo de la narración, es realmente conmovedor. Ya había descrito un delirio producto de la ebriedad en “Domingo p. m.”, o uno producto de un ataque epiléptico en *Un crimen* (y lo hará en *Guayabo negro* en 1923 o en *Mi gente*, en 1937). El modo como Lezama vuelve a la realidad impresiona: ve “guales” devorando cadáveres de mulas y de hombres, o a un depredador de la misma familia del perro —no especifica de qué se trata— el cual devora el cuerpo del cabo Martínez. De pronto, acostado bocarriba como está, ve al ave descendiendo por el aire para alimentarse de él. Cuando ya el pájaro está posado sobre su cuerpo y a punto de clavarle el pico en los ojos, Lezama se incorpora y da un grito para caer sin sentido, ahuyentándolo. El descenso en círculos en torno a lo que es visto como una presa y el modo como retrocede ante el rayo de vida restante en los ojos de Lezama, la angustia de este último, imposibilitado por su abatimiento para moverse, para huir o espantar al animal, y a pesar de ello su esfuerzo por quitárselo de encima, constituyen una conmovedora escena, digna de una buena película.

Las escenas del cuento con descripciones de situaciones acuciantes se unen a la narración tersa y mesurada de las páginas dedicadas al amor entre Leticia y Lezama, o a otras. Tales modulaciones escriturales preparan y conducen al lector a los diálogos y las situaciones citadas textualmente en este trabajo, para finalmente desembocar en que, cuando priman los intereses personales por encima de los deberes, lo más seguro es que la naturaleza se imponga sobre una cultura que no supo crear los lazos sociales para perpetuarse sabiamente. Y los que en nuestro resumen llamamos secciones temáticas se unen en la experiencia estética propiciada por la lectura para que don Efe nos muestre su pensamiento sobre la guerra en nuestro país, anotando al final de la quinta sección del tercer cuadro: “¡La bandera de la Patria humillada ante la bandera de la Patria! ¡El hermano que revuelca en el fango la honra y los timbres del hermano para honrar así a su madre! ¡Nuestra historia entera!” (Gómez, 1907, p. 773). El relato, que bien puede considerarse una novela breve por la multiplicidad de personajes principales y la complejidad de las situaciones descritas con cambios de espacios y de tiempos, es tan importante como los relatos *A la plata* de Carrasquilla o *A flor de tierra* de Saturnino Restrepo, en su poder artístico de mostrarnos la guerra sin tapujos: vemos de primera mano cómo los que empeoran la guerra son los mismos humanos cuando buscan sacar provecho privado de situaciones ya extremadas. En conflictos como los de la Violencia en los cincuenta, en el enfrentamiento con las guerrillas creadas en los sesenta, algunas de las cuales desaparecieron no hace mucho y en las que siguen activas, se ve esta misma problemática que hace más de un siglo nos puso ante los ojos este artista. No olvidemos sus lecciones. La salud nacional depende, entre otras cosas, de que sepamos detectar lo que nos muestra palpablemente.

Referencias

- Caballero, L. (1980). *Memorias de la Guerra de los Mil Días*. El Áncora Editores.
- Cano, G. (14 de noviembre de 1915). Visitas de “La Semana”. Efe Gómez. *La Semana* [Suplemento de *El Espectador*]. Números 1691-1696 [sic], (10), 1, 2.
- Cock, J. (1946). *Memorias de un coronel recluta*. Bedout.
- Duque, E. (1992). *La aventura del cine en Medellín*. Universidad Nacional de Colombia; El Áncora Editores.
- Gómez, E. (agosto de 1896). Domingo p. m. *El Repertorio* [Dir. Luis de Greiff y Horacio M. Rodríguez], Serie 1.^a, (3), 83.
- Gómez, E. (1900). Carta a Abel Farina. En A. Farina, *Páginas locas*. Tipografía “El Avisador”.
- Gómez, E. (julio de 1907). Un padre de la patria. *Alpha*, Año II, (19), 751-775.
- Gómez, E. (1943). *Almas rudas* (t. I). Bedout.
- Gómez, E. (1944). *Retorno* (t. II). Bedout.
- Gómez, E. (2006). *Cuaderno de materia prima (1890)*. Fondo Editorial Eafit.
- Grillo, M. (1984). *Emociones de la guerra*. Juan Lozano Editor.
- Isaza, I. (1951). Anecdótico de Efe Gómez. *Gloria* [Coleta de Fabricato], (29), 14.
- Melo, J. O. (Ed.). (1991). *Historia de Antioquia*. Suramericana.
- Naranjo Boza, N. (abril de 2011). *Palabra viva* [prólogo y selección de textos de Nicolás Naranjo Boza].
- Naranjo Boza, N. (2017). *La filosofía en la obra de Efe Gómez* (vol. II). Universidad Nacional de Colombia.
- Naranjo Mesa, J. A. (1996). *Croniquillas y otros textos de Efe Gómez*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Naranjo Mesa, J. A. (2015). *El relato en Antioquia* (vol. I). Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, L. (1991). Antioquia durante la Regeneración. En J. O. Melo (Ed.), *Historia de Antioquia*. Suramericana.
- Palacios, M. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Norma.
- VV. AA. (1928). *A la memoria del General Pedro Nel Ospina*. Bedout.



Alejandro Castaño, *Cabeza*, 2019-2022, serie escultórica. Arcilla mixta, 30 x 25 x 25 cm aprox.
(Fuente: fotografías de Emilio Castaño Ochoa).

Nunca ha existido una larga guerra de la cual se haya aprovechado algún país

Una tropa se apodera de un botín porque codicia riquezas